

La Asamblea de mujeres de Aristófanes, ¿mezcla de realidad y ficción?

Dámaris Romero González*
UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

Yo afirmo que es preciso que nosotros pongamos el gobierno en manos de las mujeres, pues también en nuestra casa se ocupan del gobierno y la administración. Que son de mejor manera de ser que nosotros os lo voy a demostrar: En primer lugar, todas sin excepción bañan la lana en agua caliente según la antigua costumbre, y no se las verá haciendo innovaciones. En cambio, la ciudad de los atenienses, aunque un sistema le fuera bien no se salvaría sin dar vueltas y vueltas afanosamente en busca de cualquier pizadita novedosa. Sentadas hacen sus asados lo mismo que antes; sobre su cabeza llevan la carga lo mismo que antes; celebran las Tesmoforias lo mismo que antes; cuecen los pasteles lo mismo que antes; reventan a sus maridos lo mismo que antes; acogen amantes en sus alcobas lo mismo que antes; se compran golosinas lo mismo que antes; adoran el vino puro lo mismo que antes; les gusta que les hagan el amor lo mismo que antes. Así pues, pongamos en sus manos el gobierno y basta ya de charla. Y no intentemos enterarnos de qué piensan hacer, sino, sencillamente, dejémoslas gobernar, teniendo en cuenta tan sólo esto: en primer lugar, que por ser madres desearán ardientemente preservar a los soldados; además, ¿quién les enviaría provisiones antes que la madre que los parió? Para sacar dinero nadie más listo que las mujeres, y una vez en el poder no se dejarán engañar nunca, porque ellas están muy acostumbradas a engañar. ¿Para qué seguir? Hacedme caso en lo que os digo y viviréis felices el resto de vuestra vida.¹

El discurso que Praxágora pronuncia ante sus compañeras atenienses es breve pero denso. En él hace un posible retrato de la mujer griega del siglo V a.C.: hacendosa, trabajadora, religiosa, cocinera, libertina, golosa, borracha,

astuta, mentirosa,... Pero, ¿hasta qué punto esta descripción es real?

Antes de comenzar a comentar este texto, no debemos pasar por alto tres observaciones:

En primer lugar, Aristófanes, en sus comedias, presenta un mundo imposible para remitirnos a un mundo real que hay que transformar. Por tanto, muestra una realidad deformada de la que hay que entresacar la verdadera realidad².

Una segunda observación es que Aristófanes, en *Asambleístas*, no pretende subvertir el papel de la mujer (sea cual sea, por ahora), sino exponer que la última esperanza o solución de los atenienses ante la situación en la que se encontraban (la Guerra del Peloponeso) es el gobierno detentado por las mujeres³.

PRAXÁGORA: (...) En cambio, la ciudad de los atenienses, aunque un sistema le fuera bien no se salvaría sin dar vueltas y vueltas afanosamente en busca de cualquier pizadita novedosa.

CREMES: Entregarles el gobierno, desde luego, pues se pensó que eso era lo único que aún no se había intentado en la ciudad⁴.

Finalmente, en tercer lugar, ha de quedar claro que, como dice Claude Mossé⁵, no conocemos la vida de las mujeres en el mundo griego sino por lo que de ellas han escrito los hombres, a excepción de Safo; que el período temporal del que abundan más testimonios está comprendido entre los siglos V-IV a.C., sin contar la epopeya, los

* Becaria de investigación del Área de Filología Griega.

¹ ARISTÓFANES, *La asamblea de mujeres* (trad. Luis M. Macía Aparicio), Madrid 1993, vs. 210-240.

² LASSO DE LA VEGA, J.S., «Realidad, idealidad y política en Aristófanes», *Cuadernos de Filología Clásica*, IV (1972), p. 12. En este artículo Lasso de la Vega lo explica diciendo que «la comedia aristofánica se manifiesta como expresión de una realidad existencial inconfundible; pero, de otra parte, a dicha realidad se la transfiere paradójicamente al plano absurdo y lo imposible».

³ Sin embargo, E. CANTARELLA, *La ecalandia ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana*, Madrid 1991, p. 121-122, no considera esta opción. Esta autora parte de la premisa del amor de Aristófanes a Atenas, su ciudad, y de la visión que él tenía en ese momento de ella: pura animalidad y pérdida de los valores tradicionales. Por tanto, «con la victoria de las mujeres, la ciudad de la razón desaparece de la historia. Y Aristófanes, frente a esta tragedia, trata de exorcizarla con la risa: en *Las asambleístas*, las mujeres, tomado el poder, deciden abolir la familia, poner en común los bienes, tierras, dinero, todo tipo de propiedad (...) Se trata de la amarga reacción de quien ve hundirse todos sus ideales, y a la muerte de éstos, paradójica y amargamente, contraponen su comunismo y gineocracia, es decir, vuelta a las condiciones primitivas y abdicación del hombre ante las mujeres: la imagen trastocada, en suma, de una gran civilización creada por los hombres».

L. GARCÍA IGLESIAS, «La mujer y la "polis" griega» en GARRIDO GONZÁLEZ, ELISA (ed.) «La mujer en el mundo antiguo», *Actas de las V Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid 1986, p. 114, tiene otro punto de vista respecto a esto. Este autor expone que «la acción femenina y el decreto gineocrático de la citada comedia aparecen destacados en toda su dimensión de extravagancia, que el autor no hace nada por disimular, bien al contrario. Además, Praxágora y sus amigas no exigen o usurpan un derecho de participación como mujeres; se disfrazan de hombres, se infiltran, suplantando. En la gineocracia de Aristófanes no hay reivindicación feminista de ninguna especie, sino ridiculización del presente y añoranza en el fondo del pasado, un pasado en el que las mujeres no tenían, cosa es sabida, papel especialmente protagonista».

⁴ ARISTÓFANES, *Asambleístas*, vs. 218-220, 455-457.

⁵ MOSSÉ, C., «La sexualidad de la mujer griega: época arcaica y clásica» en PÉREZ JIMÉNEZ, A. y CRUZ ANDREOTTI, G. (eds.), «Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos», *Mediterránea 1*, Madrid 1995, p. 35.

poetas líricos y el célebre mito de la creación de la mujer de Hesfodo, y que, por último, el espacio geográfico se reduce a Atenas⁶, ya que la comedia aristofánica, a diferencia de la tragedia, está centrada y basada en la ciudad de Atenas⁷.

Teniendo estas premisas presentes, una primera pregunta que puede hacerse es si la mujer ateniense se asemeja a esta imagen aristofánica. En el caso de que la respuesta sea afirmativa, hay que preguntarse por qué. Con el hilo que Aristófanes brinda, iremos cosiendo los retales para diseñar el vestido que más se ciña a este maniquí: la mujer griega y ateniense.

En nuestra casa las mujeres se ocupan del gobierno y de la administración

El primer rasgo de esa imagen es la localización de la mujer dentro de la casa y, de ahí, su ocupación en las tareas propias de ésta. M^a Dolores Mirón explica que «el lugar considerado como “natural” para las mujeres es el *oikos* (entendido éste como casa). En él había de desenvolverse su vida, por lo que constituiría su principal espacio de sociabilidad, donde desarrollaría las relaciones con los miembros de su familia, mujeres y varones, así como con las esclavas y esclavos; y también su espacio primordial de socialización, donde las niñas aprenderían a ser mujeres»⁸.

Por tanto, lo característico de la mujer es, como escribe Aristófanes, el gobierno y la organización de la casa. Gobierno y administración que no distan de lo que la mayoría de las mujeres actuales hacen: procurar los alimentos diarios, limpiar y ordenar la casa, lavar la ropa, etc.

Jenofonte, en su *Económico*, plasma las obligaciones “culturales” que un marido debía reclamar de su esposa: a una joven esposa no se le exigía ni educación, ni ciencia, ni cultura, sólo modestia, obediencia y economía⁹, es decir, ser capaz de administrar los bienes del hogar.

Normalmente, cada mujer contaba con una esclava que le ayudaba en las tareas, por lo que el último requisito de

los anteriormente enunciados solía ser más llevadero cuando la mujer pertenecía a una familia acomodada, pues, en ese caso, sólo tenía que vigilar el trabajo de las esclavas sobre las que caía todo el peso de las tareas domésticas: acarrear agua potable, encender el fuego, amasar y cocer el pan, ordeñar las cabras, ocuparse del corral, limpiar la casa y los patios, lavar la ropa en los lavaderos públicos o en el río, cardar la lana, hacer la comida, etc.

Un caso distinto era cuando la mujer, por pertenecer a una familia con escasos ingresos, tenía que “estirar” el salario que su marido recibía¹⁰ o que ella misma ganaba con los productos que vendía en el mercado¹¹ o conseguía como nodriza, partera u otros empleos similares. «Estas mujeres (las *kapelidas* o panaderas, verduleras, vendedoras de harina, tortas de vino, miel, higos secos, aceitunas, vino, coronas, perfumes, productos textiles, ..., en fin, las vendedoras del mercado) pertenecían a los ambientes populares, y es aquí donde mejor se manifestaban las diferencias sociales. Porque aunque la condición jurídica de la mujer ateniense era única, la situación real introducía diferencias sensibles¹². (...) La mujer del pueblo (y, por ende, toda aquella mujer con una situación económica precaria) se veía obligada por la necesidad a salir de su casa para ir al mercado, incluso, para aumentar los recursos familiares con un escaso salario de nodriza»¹³.

No obstante, «pese a que el lugar considerado como propio para la mujer es el interior del *oikos*, se podría esperar que lo que ocurre dentro de él fuera contado por alguien en alguna obra, y más específicamente en la comedia si ésta se entiende como reflejo de la vida del ateniense medio. Sin embargo, llama la atención que *ninguna acción* se desarrolla dentro de la casa, ni siquiera en Aristófanes, ni *nadie* (ni hombre ni mujer) relata lo que sucede dentro, salvo los detalles escatológicos, cuya finalidad era propiciar la risa del público»¹⁴.

La razón radica en la concepción del *oikos* como parte fundacional y fundamental de la existencia de la fami-

⁶ Las mujeres de las demás ciudades griegas gozaban de una libertad que era ajena a la que podían tener las atenienses. Pueden leerse ejemplos de esta libertad en Jenofonte (*República de los lacedemonios*), Plutarco (*Vida de Licurgo*) y Aristóteles (*Política*).

⁷ Por eso, las representaciones teatrales de las comedias de Aristófanes son tan difíciles y escasas, pues la gran mayoría de sus elementos cómicos (por ejemplo, la alusión a personajes del s. V a.C.) nos resultan lejanas y su actualización supone un grado de conocimiento de la época que a veces se nos escapa.

⁸ MIRÓN PÉREZ, M.D., «Dentro / fuera: espacios de sociabilidad femenina en Grecia Antigua» en CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S. y ALONSO ÁVILA, A. (coors y eds), *Scripta Antiqua, in honorem Ángel Montenegro Duque et José María Blázquez Martínez*, Valladolid, 2002, p. 136.

⁹ JENOFONTE, *Económico*, VII. 4-43, (trad. Juan Zaragoza), Madrid 1993. El ateniense hace un repaso a todas las responsabilidades de una buena ama de casa, el lugar que debe ocupar y dónde debe pasar el tiempo. Jenofonte añade las obligaciones del hombre y esposo.

¹⁰ Puede incluirse como “trabajo” masculino la asistencia pagada a la asamblea. En algunos casos, era el empleo único y exclusivo del marido. Aristófanes en *Las asambleístas* (vv. 389-393), nos narra con su habitual ironía este hecho:

CREMES: (...) Conque yo no pude cobrar, y como yo muchos otros.

BLÉPIRO: ¿Entonces tampoco cobraría yo, si voy ahora mismo?

CREMES: ¿De qué? Ni siquiera, por Zeus, aunque hubieses llegado en el preciso momento en que el gallo cantaba por segunda vez.

BLÉPIRO: ¡Ay de mí! ¡Oh Antíoco, derrama tus lágrimas por mí que estoy vivo más que por el... trióbo, que lo mío está completamente perdido! (...).

¹¹ Se debe recordar el caso de la madre del poeta trágico Eurípides, que vendía verduras en el mercado. Esto sirve a Aristófanes para hacer un chiste a costa de Eurípides en una de sus comedias, *Los acarnienses*: «Euripidillo, amistosísimo y agradabilísimo, mala muerte me lleve si te pido algo excepto una cosa, esto sólo: un poco de perifollo del puesto de tu madre» (vv. 475-478).

¹² «Dentro de una misma polis, incluyendo la radical división sexual de la Atenas democrática, las diferencias de clase y edad marcaban también diferencias en la relación con el espacio público. En efecto, no era igual la vida de una mujer rica, que podía “permitirse” vivir recluida en su casa, gracias a los “apéndices” que constituían las esclavas, que la de una mujer pobre que no tenía más remedio que buscar dentro y fuera los medios de subsistencia de su familia», cf. MIRÓN PÉREZ, M.D., *art. cit.*, p. 137.

¹³ MOSSÉ, C., *La mujer en la Grecia clásica*, Madrid, 1990, pp. 63-64.

¹⁴ Traducción y adaptación más de la aguda observación de BLOK, J.H., «Virtual voices: Toward a choreography of women's speech in classical Athens» en LARDINOIS, A. y McCLURE, L. (eds.), *Making silence speak*, Princeton, 2001, pp. 100-102.

lia. Éste concernía a los hombres de la familia ya que la casa, la propiedad y el linaje eran heredados por la línea masculina. La mujer era la que guardaba y mantenía el *oikos* con su cuidado, la dirección económica y la continuidad de la familia.

Yo creo que si la mujer es buena colaboradora en la hacienda, contribuye tanto como el marido a su prosperidad. El dinero entra en general en la casa gracias al trabajo del hombre, pero se gasta la mayoría de las veces mediante la administración de la mujer. Si esta administración es buena, la hacienda aumenta, se es mala, la hacienda se arruina¹⁴.

El comportamiento de la mujer dentro y fuera de la casa era crucial para el status social familiar. Cuando la mujer tenía éxito en el desarrollo de sus responsabilidades y en la vigilancia de su reputación, el *oikos* prosperaba; para los hombres políticamente ambiciosos esto era vital. Pero si algo iba mal, ya fuera que esta ausencia de dirección trajese la deuda o que el comportamiento femenino indujese a los vecinos a chismorrear sobre un posible adulterio, la familia perdía su honor por tiempo indefinido¹⁵. Así, la mujer permanecía dentro del hogar no tanto porque allí recibía su educación y sus trabajos de supervisión de las labores de las esclavas le impedían salir al exterior, sino por la influencia de la opinión pública. De este modo, el deseo de hombres y de mujeres de proteger la vida del hogar contra cualquier habladoría inquisitiva aumentó su reticencia a contar lo que sucedía en el interior. Por tanto, la vida privada familiar fue y es uno de los secretos mejor guardados de la historia ateniense.

Cuando Pericles pronuncia su discurso ante los primeros muertos de la guerra del Peloponeso, les recuerda a sus viudas lo siguiente¹⁷:

Y si debo hacer también una mención de la virtud de las mujeres que desde ahora quedarán viudas, con una breve indicación lo diré todo. Vuestra gran gloria consistirá en no ser inferiores a vuestra condición natural y en que entre los hombres, haya sobre vosotras las menos conversaciones posibles en buena y mala parte.

Tucídides tan sólo se limita a recoger las cualidades que se exigían en una mujer: silencio, sumisión y abstinencia respecto a los placeres masculinos. Éstas se pueden ejemplificar con textos de otras obras.

TECMESA: Él me dirigió pocas palabras, de las siempre repetidas: «Mujer, el silencio es un adorno en las mujeres».¹⁸

ANDRÓMACA: Entérate bien: tu marido no te desprecia por mis fármacos, sino porque da la casualidad de que no sabes convivir con él; también eso es un fármaco, que a los maridos no les gusta la belleza, sino las cualidades de una mujer.

(...) Pues conviene que una mujer, aunque sea entregada a un mal esposo, lo ame con respeto y que no entre a rivalizar con él a ver quién es más orgulloso.¹⁹

Es por esta razón, por la necesidad de preservar la buena reputación de la familia, que ninguna escena del teatro griego se sitúa dentro de la casa; aunque sus entrañas se revelen en el escenario, el umbral de la casa nunca es traspasado y es considerado como el límite. El teatro ático presenta a muchas mujeres hablando, pero nunca dentro; las conversaciones entre el esposo y la esposa (una escena "irreal" pues en la realidad nunca se hubiera dado esta ocasión²⁰) se presentan como acontecidas en la calle enfrente de las respectivas viviendas:

PRAXÁGORA: (...) Ahora a toda marcha, antes de que algún hombre lo vea, arrojad los mantos, a paseo los zapatos, fuera los bastones. Arregla tú a éstas, que yo voy a ver si me cuelo en casa antes de que me vea mi marido...

BLÉPIRO: ¡Eh tú, Praxágora! ¿de dónde vienes?

PRAXÁGORA: ¿A ti qué te importa?²¹

Sola e incidentalmente estas voces privadas se oyen en un contexto público cuando son referencias al tipo de canciones cantadas tradicionalmente al acompañamiento de la rutina diaria.

ESTREPSÍADES: El caso es que estábamos de banquete, como sabéis y éste cogió la lira y yo le pedí primero que cantara aquella melodía de Simónides sobre cómo esquilan a Crío y, al punto, éste se puso a decir que tocar la cítara y cantar mientras se bebía está anticuado, como las mujeres que muelen cebada tostada.²²

Todas sin excepción bañan la lana en agua caliente según la antigua costumbre y no se las verá haciendo innovaciones

Una segunda obligación de la esposa ateniense era saber hilar y tejer, pues formaba parte de la educación que

¹⁴ JENOFONTE, *Económico*, III.15.

¹⁵ «Porque una mujer podía aguantar todo lo demás, pero si fracasaba con su marido, fracasaba en la vida» (vv. 372-373), dicho por Menelao en EURÍPIDES, *Andrómaca*, (trad. José Luis Navarro), Madrid, 2000.

¹⁷ TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, II.45, trad. Francisco Rodríguez Agradados, Madrid 1987.

¹⁸ SÓFOCLES, *Áyax*, (trad. Assela Allamillo), Madrid 2000, vv. 292-293.

¹⁹ EURÍPIDES, *Andrómaca*, vv. 205-208, 213-214.

²⁰ JENOFONTE, *Económico*, III.12, nos muestra un breve pero clarificador diálogo entre Sócrates y Critobulo:

- En cualquier caso, Critobulo, síncérate con nosotros, ya que los presentes somos tus amigos: ¿hay alguien a quien confíes asuntos más importantes que a tu mujer?
- Nadie.
- ¿Y hay alguien con quien hables menos que con tu mujer?
- De haberlos, no son muchos, respondió.

²¹ ARISTÓFANES, *Asamblea*, vv. 506-512, 520-521.

²² ARISTÓFANES, *Nubes*, vv. 1354-1358.

había recibido. Bástenos recordar el engaño que tramó Penélope para evitar casarse con alguno de sus pretendientes: tejer y deshacer lo tejido.

La habitación o habitaciones donde se realizaba el trabajo textil y todos los instrumentos relacionados con él, eran un espacio femenino, pues femenina era esta labor. Allí pasaban las señoras la mayor parte del tiempo vigilando a sus esclavas, y allí también recibirían a sus amigas, que se traerían también su labor. Era el lugar de las confidencias, donde las mujeres podían charlar a su aire libremente, sin temor a ser oídas por los hombres.

«La lana y el pelo de cabra eran las fibras más usadas y las que en todas las casas se sabían preparar. También se conocía el lino del que se obtenían piezas de mayor precio. El tratamiento de la lana comenzaba con un lavado de agua caliente para quitarle la grasa. Luego se ponía a secar, más tarde, se procedía a su cardado con ayuda de gruesas cardas metálicas sobre superficies duras. En pequeñas cantidades se podía realizar esta tarea sobre un *epinetron*. Posteriormente se hilaba con la rueca y con el uso.

No hay que olvidar que todas las prendas, tanto de ajuar doméstico como de vestir, salían de telares caseros, consistentes en un simple marco vertical con rodillos del que pendían los hilos de la trama, mantenidos tirantes por una serie de pesos. Todas las prendas que de ello salían eran piezas rectangulares.»²³.

El ejercicio que las atenienses hacían en el telar, movimientos hacia atrás y hacia delante, ofrecía una oportunidad para el desarrollo físico de éstas que, por estar siempre encerradas, tenían la piel blanca y gozaban de mala salud.

Sentadas hacen sus asados lo mismo que antes / Cuecen los pasteles lo mismo que antes

La tercera de las obligaciones de la mujer era guisar, de modo que la cocina, donde realizarían también las labores relacionadas con la elaboración del pan y preparación de la comida, era un lugar de trabajo donde la señora de la casa y las esclavas seguramente pasaban buena parte de su tiempo, al igual que en el complejo de los almacenes y las despensas²⁴. La cocina se consideraba algo exclusivamente femenino. Es la propia Praxágora la encargada de cocinar y organizar la primera cena común de esta comedia:

PRAXÁGORA: En ese caso tengo que ir al ágora para recibir lo que vaya llegando; llevaré conmigo una heralda, cualquiera que tenga buena voz: soy yo la que tiene que ocuparse de ello, ya que he sido elegida para gobernar. He de preparar la comida en común para que ya hoy os deis el primer atracón²⁵.

De nuevo hemos de volver a las diferencias económicas en la sociedad ateniense. Si la mujer estaba en una posición acaudalada, quien se encargaría de esta labor sería, una vez más, la esclava. En la comedia latina la sirvienta es casi siempre la que prepara la comida. A partir del siglo IV, se recurre a un cocinero²⁶.

Sobre su cabeza llevan la carga lo mismo que antes.

Son numerosas las representaciones iconográficas en las que puede apreciarse figuras de muchachas que están en una fuente recogiendo agua. Algunas de estas imágenes plasman el momento en el que la muchacha está llenando su *hydria*²⁷, otras cuando la está portando, y la lleva sobre la cabeza. Transportar agua en un recipiente llevado en equilibrio sobre la cabeza era una típica ocupación femenina.

Ir a la fuente para coger agua potable era una de las pocas ocasiones en las que la mujer griega podía salir fuera de su casa. Por eso se utilizaba no sólo para estar ausente durante unos instantes sino también para el encuentro con jóvenes muchachos, lo que supuso que, en algunos momentos, pendiera sobre la mujer la acusación de adulterio, sobre el que se hablará en breve. Por tanto, y para evitar este tipo de chismes, las esclavas eran las que solían realizar este trabajo.

Celebran las Tesmoforias lo mismo que antes

Las Tesmoforias²⁸ eran una fiesta sagrada en la que participaban exclusivamente las mujeres casadas. Se celebraba en honor de Deméter y Perséfone durante tres días en el mes de *Pianepsion* (noviembre). Era una fiesta dedicada a propiciar la fertilidad humana, animal y vegetal, y en el transcurso de éstas, las mujeres gozaban de una mayor libertad. Con esta ocasión las mujeres eran autorizadas a salir de casa libremente.

Las mujeres estaban obligadas a guardar algunos días de abstinencia sexual con anterioridad a estas celebraciones. Sus ritos eran secretos y, como hemos dicho, duraban tres días. El primero se llamaba *ánodos*, subida. En él, las mujeres subían a la *Pnix*, en cuya ladera estaba el Tesmoforio, el templo donde se celebrarían las fiestas; allí hacían enramadas y lechos de plantas para acostarse, plantaban sus sencillas tiendas de campaña que compartían por parejas, permaneciendo en ella, los tres días. El primer día desenterraban los restos de ciertos objetos sagrados (dulces de leche con forma de serpientes, cerditos y órganos sexuales) que habían enterrado unos meses antes, probablemente durante otra festividad femenina, las fiestas Esciras.

²³ GONZÁLEZ SERRANO, P., «La mujer griega a través de la iconografía doméstica», *Akros, la revista del museo*, Melilla, 2003, pp. 65-66. Este artículo ejemplifica sus afirmaciones sobre la vida de la mujer griega con los objetos representativos de la vida cotidiana y la iconografía encontrada en algunos de ellos.

²⁴ MIRÓN PÉREZ, M.D., *art. cit.*, pp.138-139.

²⁵ ARISTÓFANES, *Asambleístas*, vv. 711-716.

²⁶ Ejemplos de esto se encuentran en *La Salmía* de Menandro y *Los Gemelos* de Plauto.

²⁷ Cántaro de tres asas, específico para coger agua en la fuente.

²⁸ Estas fiestas deben su nombre a los *tesmof*, las prescripciones divinas, las normas no escritas que regían las relaciones entre los hombres antes de la codificación de las leyes, de las *nomof*. Deméter y Perséfone son las diosas portadoras de los *tesmof*.

El segundo día tenía el nombre de *nesteia*, ayuno. En él sitúa Aristófanes la acción de su comedia *Las Tesmoforias*. Las mujeres, en riguroso ayuno, se reunían solas, sin presencia de varones. Semejante soledad les daba libertad para hacer o decir lo que quisieran.

El tercero, el *kalligenia*, el feliz alumbramiento, estaba dedicado a la fertilidad de las mujeres y a la de los campos. Entre los ritos del día figuraban la ofrenda a las diosas de diferentes frutos, gachas y queso; las mujeres se entregaban a bromas obscenas, manipulaban figurillas de barro que representaban el órgano sexual femenino, comían granadas y se flagelaban con ramas verdes. Se suponía que todas estas prácticas favorecerían la fecundidad. Por esa época habría de sembrarse el trigo.

Acogen amantes en sus alcobas lo mismo que antes

En la casa ateniense, la separación bajo llave entre aposentos masculinos y femeninos tiene como propósito impedir que los esclavos de ambos sexos mantengan entre ellos relaciones sexuales incontroladas por el amo. Es probable que existieran habitaciones ocupadas en exclusiva por las mujeres, que podrían ser cerradas por la noche para evitar devaneos sexuales por parte de mujeres y esclavos²⁹.

Fuera del *oikos*, las mujeres establecían relaciones con otras personas ajenas a su casa desplazándose a otros *oikoi*. De este modo, mantenían un círculo de relaciones principalmente femeninas, constituidas por familiares, vecinas y amigas. Las vecinas se conocían unas a otras, charlaban entre sí; de ahí su fama de chismosas; se prestaban los utensilios de la cocina, los ingredientes de las comidas (como se ha venido haciendo en los pueblos y las ciudades hasta nuestros días) e incluso actuaban como comadronas en los partos³⁰. Estas visitas se consideraban poco deseables e “innecesarias”, e incluso hacían sospechar de la honrabilidad de las mujeres. De hecho, cualquier salida a espaldas del marido se consideraba sospechosa³¹:

BLÉPIRO: ¡Eh tú, Praxágora! ¿de dónde vienes?

PRAXÁGORA: ¿A ti qué te importa?

BLÉPIRO: ¿Cómo que qué me importa? ¡Vaya pregunta!

PRAXÁGORA: No creo que digas que de estar con mi amante...

BLÉPIRO: Y puede que no con uno solo.

PRAXÁGORA: Pues mira, de eso sí que puedes hacer la prueba.

BLÉPIRO: ¿Cómo?

PRAXÁGORA: A ver si me huele la cabeza a perfume.

BLÉPIRO: ¡Bien! ¿Es que no se puede joder a una mujer sin perfumes?

PRAXÁGORA: A mí por lo menos no, desdichada de mí.³²

En la sociedad ateniense, no eran iguales las muchachas y las mujeres casadas, a las que se sometía a un control sexual estricto para garantizar la legitimidad de su descendencia, ni tampoco las ancianas, sobre las que este control era innecesario, y, por tanto, tenían mayor libertad de movimiento³³.

Sin embargo, esta estricta vigilancia, dentro y fuera del hogar, no impedía los encuentros extramatrimoniales por parte de la esposa³⁴, ya fuera con hombres libres o con esclavos. En el caso de que, como Ares y Afrodita, los amantes fueran “pillados”, las leyes que castigaban el adulterio (o protegían el matrimonio) eran muy severas. Si el marido “pillaba” al adúltero con su esposa, o incluso con su concubina, la ley no le acusaba de asesinato:

Admitió aquél (el amante) que me agraviaba y me pedía entre súplicas que no lo matara, que le cobrara dinero. Yo le dije: «No soy yo quien te mata, sino la ley de Atenas que tú infringes. La has puesto por debajo de tus placeres y has preferido cometer tamaño crimen contra mí mujer y mis hijos, en vez de someterte a las leyes y vivir decorosamente». (...)

Ya ofs, señores, que el mismo tribunal del Areópago, a quien corresponde por tradición y al que se ha devuelto en nuestros días la jurisdicción criminal, tiene expresamente decidido que no se condene por asesinato a quien se cobre tal venganza, si sorprende a un adúltero con su mujer³⁵.

Había otros métodos menos ortodoxos, cuya intención era poner en ridículo al causante de tal vergüenza para que diera una satisfacción al marido ultrajado³⁶. Pero si un hombre había usado la fuerza para seducir a una mujer, era castigado menos severamente que si la hubiera persuadido. La razón para tan sorprendente legislación era que el último corrompía y destrozaba la unión en la que estaban basadas las obligaciones de tener hijos legítimos. Por su parte, si el esposo “cogía” a la esposa en el momento adúltero, se divorciaba de ella y la mujer perdía el interés ante los demás y, por tanto, la oportunidad de casarse otra vez:

Ya ofs, señores: ordena (la ley) que si alguien deshonra con violencia... a una mujer de aquéllas por las que está permitido matar (es decir, esposa, madre, hermana, hija y concubina con hijos libres), incurrir en la misma pena (pagar una indemnización doble). De esta forma, señores, considero merecedores de menor castigo a los violadores que a los seductores: a unos les impone la muerte, a otros

²⁹ MIRÓN PÉREZ, M.D., *art.cit.*, p. 139.

³⁰ PRAXÁGORA: «Una mujer, amiga y comadre, me mandó a buscar, porque estaba con dolores de parto» (*Asambleístas*, vv. 528-529)

³¹ MIRÓN PÉREZ, M.D., *art.cit.*, p. 140.

³² ARISTÓFANES, *Asambleístas*, vv. 520-526.

³³ MIRÓN PÉREZ, M.D., *art.cit.*, p. 137.

³⁴ Las relaciones extramatrimoniales por parte del esposo se dan por sabidas, naturales y aprobadas.

³⁵ LISIAS, *Discursos I*, I 25, 30, trad. José Luis Calvo, Madrid 1988.

³⁶ ARISTÓFANES, *Nubes*, v. 1083: «¿Y qué pasa si después de ofrte te mete un rábano por el culo y te depila con cenizas candentes...?». Hay que recordar que es comedia.

les señala una doble pena, por estimar que quienes actúan con violencia incurren en el odio de los violentados, mientras que los seductores de tal forma corrompen el alma, que hacen más suyos que de sus maridos a las mujeres ajenas; toda la cosa viene a sus manos y resulta incierto de quién son los hijos, si de los maridos o de los adúlteros³⁷.

La existencia de estas leyes hace pensar que el matrimonio no se limitaba a la función reproductora, al menos por parte de la mujer y, que a ésta se le añadía el desahogado deseo sexual atribuido a las mujeres. De ahí que el comunismo de esta comedia no sea sólo de bienes materiales sino también de mujeres.

PRAXÁGORA: Es que puede acostarse con ellas gratis, que también a esas las hago comunes, para todos los hombres; que el que quiera se acueste con ellas y les haga un hijo.

BLÉPIRO: ¿Y cómo se va a impedir que todos los hombres busquen a la más hermosa y traten de adosarle la viga?

PRAXÁGORA: Las chatas y desgarradas se sentarán al lado de las de bandera y si uno desea a una de éstas tendrá que tirarse primero a una fea.³⁸

Busquemos otro ejemplo en el que se aprecie ese deseo sexual femenino incontrolable. Una vez más servirá como muestra la *Andrómaca* de Eurípides.

ANDRÓMACA: (...) Caso de hacerlo habría quedado en evidencia que atribuyes a las mujeres un deseo de cama insaciable. Cosa vergonzosa por cierto. Y eso que, sin lugar a dudas, pasamos esta enfermedad mucho peor que los hombres aunque sabemos arreglárnoslas bastante bien.³⁹

Afirmaciones como "pequeñas tónicas azafranadas" y "camisas transparentes", permiten deducir que la mujer excitaba el deseo de su esposo para satisfacer su deseo. Por eso, cuando su matrimonio no satisfacía su sexualidad, aquélla buscaba el placer fuera del hogar, como lo hacía su esposo.

Adoran el vino puro lo mismo que antes

Una de las suposiciones atribuidas a la mujer era su avidez sexual. La segunda era su pasión por el vino. Parece que el amor de las mujeres al vino era una exageración fundada sobre una base verdadera. La realidad era que el vino servía de consuelo para su solitaria existencia. El aislamiento domiciliario al que se veían condenadas sólo podía compensarse con las charlas con las vecinas y, «para las posibles crisis vitales o depresiones no se contaba con más ali-

vio casero que el alcohol, considerado como un buen tónico, ya que en la antigua Grecia se consumían infusiones a base de cebada y plantas medicinales»⁴⁰.

CORO: Y el que llegó para servir de balance, el hijo de Sêmele,
inventó la exquisita bebida de uva y la aportó
a los mortales, que quita penas a los desdichados
hombres
cuando se sacian del líquido de vino,
y les concede sueño, olvido de las desgracias del día,
y no hay otro remedio de las fatigas.⁴¹

El vino también puede considerarse como un elemento del ritual religioso, por lo que el adjetivo "borracha" se puede aplicar a las seguidoras de Dionisio, las Ménades o Bacantes⁴².

La opinión de Aristófanes sobre los hombres borrachos, por las consecuencias que de esa borrachera se derivan, tampoco es agradable: gracias a ese estado de embriaguez se pueden concebir los disparatados acuerdos a los que llegan en la Asamblea.

MUJER 2: ¿Es que voy a hablar antes de beber?

PRAXÁGORA: ¡Toma ya! Beber.

MUJER 2: ¿Para qué entonces me ha puesto la corona, amiga mía?

PRAXÁGORA: ¡Largo de aquí, lo mismo nos habrías hecho allí!

MUJER 2: ¿Qué pasa? ¿es que no beben también en la Asamblea?

PRAXÁGORA: Y dale. ¿Tú crees que beben?

MUJER 2: ¡Desde luego, por Ártemis, y (vino puro)! Al menos a juzgar por sus decisiones, porque si uno se fija en lo que hacen, le parecerá tan descabellado como las ideas de los borrachos. Además, por Zeus, seguro que hacen libaciones, ¿o a santo de qué iban a hacer tantas súplicas, si no tuvieran vino cerca? También se insultan como beodos y, al que el vino le hace decir sandeces, lo echan los arqueros.⁴³

Para sacar dinero, nadie más listo que las mujeres y, una vez en el poder, no se dejarán engañar nunca, porque ellas están muy acostumbradas a engañar

La acusación aristofánica contra las mujeres como seres engañosos es la síntesis de una larga tradición que comienza con Hesíodo y el mito de la creación de la mujer. Un autor contemporáneo de Aristófanes insinúa esta "cualidad" femenina en su *Andrómaca*: las mujeres tienen una capacidad infinita para inventar excusas y engañar.

³⁷ LISIAS I, 32-33.

³⁸ ARISTÓFANES, *Asambleaistas*, vv. 613-618.

³⁹ EURÍPIDES, *Andrómaca*, vv. 218-221.

⁴⁰ GONZÁLEZ SERRANO, P., *art. cit.*, p. 62. De hecho, en nuestros días, ésta, la soledad de la mujer en la casa, suele ser causa del alcoholismo femenino.

⁴¹ EURÍPIDES, *Bacantes*, vv. 278-283.

⁴² FINNEGAN, R., *Women in Aristophanes*, Amsterdam, 1995, p. 122.

⁴³ ARISTÓFANES, *Asambleaistas*, vv. 132-143.

SIRVIENTA: ¿Y qué diré para estar tanto tiempo lejos de casa?

ANDRÓMACA: Eres una mujer, así que podrías encontrar mil trucos para ello.⁴⁴

Como se ha visto⁴⁵, las mismas vendedoras del mercado suelen ser mujeres. Panaderas, verduleras, vendedoras de harina, de tortas de vino, miel, higos secos, aceitunas, vino, coronas, productos textiles, etc. Son algunos de los personajes habituales que pueblan la literatura griega. Todo parece indicar que buena parte de ellas eran ciudadanas y, muchas veces, ancianas. Se las presenta despectivamente como mujeres de baja extracción social, de poca educación y siempre dispuestas a discutir o a engañar a los clientes⁴⁶. Si consideramos que el dinero, que conseguían con la venta de estos productos, era el único que tenía para su subsistencia, es lógico que cuidarían de él.

También Aristófanes puede referirse a las cortesanas⁴⁷, las *hetairas*, reservadas para el placer. Éstas eran las únicas mujeres verdaderamente libres en la Atenas clásica. Salían independientemente, participaban en los banquetes masculinos, en los *simposia*, e incluso podían ser recibidas y acogidas en las casas de los casados. Recordemos el conocido caso de Aspasia. Sin embargo, dependían de la generosidad del hombre para poder mantenerse.

Su presencia en la comedia se debe a la importancia creciente del dinero como símbolo del poder⁴⁸. Las *hetairas* se definen por su relación con el dinero, por lo que la generosidad de sus amantes en sus regalos es de vital importancia para ellas.

BLÉPIRO: Si uno ve a una chavala, la desea y quiere darle con el tizón, podrá hacerle un regalo tomándolo de esos bienes...⁴⁹

CONCLUSIONES

La visión que he ofrecido de la mujer griega es parcial, pues me he limitado a seguir parte del esquema que plantea Aristófanes. He obviado facetas que este autor muestra por no necesitar de explicación, por ejemplo, el papel maternal de la mujer y su cuidado para con los hijos («que por ser madres desearán ardentemente preservar a los soldados; además, ¿quién les enviaría provisiones antes que la

madre que los parió?»), y otras que no aparecen explícitamente en este discurso, como la cuestión del matrimonio.

La imagen de la mujer, aunque vista a través del cristal deformador de la comedia, presenta un cuadro bastante conservador y representativo de lo que era el transcurso de la vida de una mujer en la Atenas del s. V a.C.

Durante la elaboración de este artículo, me rondaba la cabeza una palabra: *quadrivium*⁵⁰. Los hombres, a diferencia de las mujeres, tenían el privilegio de recibir una educación basada en el ejercicio físico, el aprendizaje de letras y números, la preparación de un espíritu para la música y la poesía y, finalmente, la formación en retórica. Pero, ¿cuál era el *quadrivium* de las mujeres? Básicamente, la educación de la mujer estaba fundada sobre la preparación para llevar una casa, para engendrar y dar a luz al primogénito, para saber tejer y cocinar y para vigilar a los esclavos. Esta formación desembocaba en la casi total ausencia de la mujer en la vida pública y, por tanto, política, pues no tenía tiempo para ello después de sus obligaciones familiares.

Tampoco podría tomar parte activa en los acontecimientos públicos y políticos la mujer que tuviera necesidad de trabajar fuera de casa para ganar el salario y mantener a su familia (con lo que estaba obligada a incumplir ciertas normas sociales como la reclusión dentro de los límites del *oikos*), al aumentar su quehacer.

Tan sólo las mujeres de la aristocracia podrían desarrollar sus capacidades políticas, pero la espada de Damocles de falsos rumores, que arruinasen su espacio privado, pendía sobre sus cabezas. Se les aplicaba la célebre frase de «La mujer del César no sólo tiene que serlo, sino parecerlo».

Por tanto, era prácticamente imposible que la mujer pudiera tener la libertad necesaria para emprender cualquier acción en público que le reportara algún beneficio, aunque no dudo que, en privado, diesen su opinión.

Es cierto que las aportaciones que tenemos para investigar sobre la mujer en la Grecia clásica son transmitidas por hombres y la visión que se ofrece en ellas es masculina. Cuando Aristófanes muestra el compendio de vicios y virtudes femeninos, no creo que deformara demasiado una realidad que, a veces, nos empeñamos en idealizar excesivamente. Los demás testimonios le dan parte de razón a este autor que reescribe la sociedad en la que vive.

⁴⁴ EURÍPIDES, *Andrómaca*, vv. 84-85.

⁴⁵ Ver el apartado «En nuestra casa se ocupan del gobierno y la administración».

⁴⁶ MIRÓN PÉREZ, M.D., *art.cít.*, p. 145.

⁴⁷ Memorable es la frase de DEMÓSTENES (*Discursos privados II*, (trad. José Manuel Colubi Falcó), Madrid 1983, LIX. 122): «Las heteras las tenemos por placer, las concubinas por el cuidado cotidiano del cuerpo, y las mujeres para procrear legítimamente y tener un fiel guardián de los bienes de casa».

⁴⁸ En las *Nubes*, Aristófanes le hace decir a uno de los acreedores: «¿Qué otro va a ser sino el dinero que, día a día y mes a mes, aumenta más y más con el correr del tiempo?» (vv. 1287-1289)

⁴⁹ ARISTÓFANES, *Asamblea*, vv. 611-613.

⁵⁰ Lógicamente no son éstas las artes estudiadas en el *quadrivium* o en el *trivium*, pero tomo de ellas el número para hacer un paralelo.